

De la crisis a la recomposición: intervenciones mediáticas y debates intelectuales en la Argentina reciente (2003-2007)

adrianpulleiro@yahoo.com.ar

Instituto Gino Germani (FCS-UBA)-CONICET

26823258

Comunicación, cultura y poder

El estallido popular de diciembre de 2001 implicó el clímax de una crisis de legitimidad que abarcó instituciones económicas, políticas y culturales que habían sido sustento del auge neoliberal¹, en el marco de un período de estancamiento prolongado en el crecimiento de la economía y de dificultades marcadas para la valorización del capital. Ese proceso abrió un escenario de disputas para establecer salidas acordes a los intereses de las clases y fracciones de clase, que a su vez buscaron renovar sus formas de organización y representación política. Con la ventaja de una mirada histórica ese proceso puede ser interpretado en términos de la recuperación de la capacidad de hacer negocios que vigorizó la actividad económica y junto con ello una recomposición en la legitimidad de la institucionalidad del régimen liberal-representativo. Ni espacio de producción ajeno a los vaivenes de las luchas más generales por la dirección del proceso histórico ni superficie que registra linealmente esos conflictos, el campo intelectual local no estuvo al margen de las disputas y las redefiniciones que fueron generando un nuevo clima cultural producto de nuevas legitimidades institucionales, temas prioritarios y enfoques que pusieron en cuestión el horizonte ideológico de la etapa previa. El propósito de este trabajo es explorar los principales tópicos y estrategias discursivas que desarrollaron en el período las figuras más relevantes de la intelectualidad. Se propone describir asimismo la forma en que su accionar reactualizó una serie de tradiciones político-culturales y generó nuevas formas de disputas ideológicas que formaron parte de las luchas por imponer determinadas salidas a la crisis.

1. Apuestas y estrategias durante la crisis

A partir del papel que desempeñan una serie de tradiciones intelectuales y del peso que ejercen ciertas instituciones, y formaciones, durante el período que analizamos es posible identificar en el campo intelectual argentino las fracciones más dinámicas. En el proceso que va de la crisis política y económica de 2001 al proceso de reconfiguración y recomposición de la hegemonía, la fracción liberal y la liberal-democrática conformaron un polo de actividad intelectual que tendrá en la intelectualidad populista o de origen nacional-popular a su *partener* predilecto.

Para comprender el desempeño de dichas fracciones en el período que nos ocupa necesitamos reponer esquemáticamente sus rasgos constitutivos y sintetizar los posicionamientos y estrategias discursivas que pusieron en juego durante la crisis de 2001-2002.

La fracción liberal

Los antecedentes de esta fracción remiten al siglo XIX. A los políticos e ideólogos que conformaron la “Generación del ’37” y que disputaron un proyecto de nación acorde a los principios del liberalismo económico y político. Este primer estamento dará lugar a todo un linaje que llega hasta nuestros días y que tiene sus referentes en el escritor *gentleman* de la década de 1880 (Viñas; 2004), los historiadores

¹ Ver THWAITES REY, M. (2004); *La autonomía como búsqueda el Estado como contradicción*, Buenos Aires, Prometeo. BONNET, A. (2008); *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Buenos Aires, Prometeo.

que continuaron la línea iniciada por Bartolomé Mitre, los escritores y ensayistas nucleados en torno a la revista *Sur*, en el suplemento cultural de *La Nación*, primero, y luego en las secciones de opinión del mismo matutino, pero también en un núcleo de intelectuales con marcada presencia en gobiernos democráticos y autoritarios, entre 1955 y 1983 (Beltrán; 2005). Si de núcleos doctrinarios se trata, podemos remitir a una idea de progreso social basada en los principios de “la libre acción económica y el interés privado”, y la defensa de las “libertades individuales” (Várnagy; 2000: 47)².

Con la apertura del sistema político en 1916, la crisis más general del régimen liberal y la emergencia de un campo intelectual, se cerraría el ciclo histórico en el cual esa intelectualidad liberal ejerció una influencia directa en la creación institucional (Sigal; 1991; Altamirano; Sarlo; 1997). Los intelectuales liberales mantuvieron su peso en algunos espacios de la producción cultural³.

La conjugación de núcleos ideológicos fuertes y perdurables, instituciones culturales centenarias y prestigio obtenido en ámbitos específicos de desempeño intelectual, harán que esta capa de intelectuales asuma la fisonomía de una *formación* cultural. Sin embargo, al mismo tiempo, en su propio seno habrá que identificar un núcleo de especialistas neoliberales, integrado sobre todo –aunque no solamente– por los economistas que se desempeñan en los llamados *think tanks* y las consultoras empresariales cuyo análisis excede los límites de este trabajo. En ese sentido, nuestra atención estará puesta en las figuras que componen un tipo de intelectual liberal “tradicional” formado en las ciencias sociales y humanísticas y proveniente generalmente de familias de la alta burguesía, que concibe su práctica como “una misión” que consiste en proyectar sobre la sociedad una serie de valores trascendentales, a saber: la libertad, la belleza y la moral, entre los que se destacan las figuras de Mariano Grondona, Natalio Botana y Marcos Aguinis (Beltrán; 2005).

Agudizada la crisis política y en medio de un proceso del auge de la protesta social, uno de los argumentos más reiterados por la intelectualidad liberal para explicar la insurrección de diciembre de 2001 y la crisis de legitimidad de las instituciones, residirá en la falta de aptitudes éticas y de liderazgo entre la dirigencia política. Este planteo pone en funcionamiento una operación de *disimulación*, en este caso a través de una “sinécdoque”: la parte –o sea, la dirigencia política– aparece como responsable de la crisis, mientras que las políticas económicas y la incapacidad de todo un régimen institucional para dar cuenta de las demandas populares se mantienen en un segundo plano. Desde el estallido de 2001 a las elecciones de 2003, en sus columnas en *La Nación* Mariano Grondona, Natalio Botana o Marcos Aguinis se refieren insistentemente a los “gestos de grandeza” y “al patriotismo” que hacen falta para superar la crisis y plantean la necesidad de “un liderazgo de tormentas” o la emergencia de un “presidente fuerte”. También son reiterados los llamados a “la unidad nacional” y a los “grandes acuerdos”.

Por otro lado, hay que decir que si bien inicialmente la fracción liberal no impugna de conjunto la movilización popular, ya que en un principio estaba en juego la violación al derecho de propiedad sobre los depósitos bancarios, esa posición irá deslizándose hacia la deslegitimación y hacia un llamado al orden cada vez más explícito. Se implementará una *distinción* entre los sujetos que protestan, sus objetivos y sus métodos (Thompson; 1998: 98). A medida que la protesta social continúa y la crisis de legitimidad se profundiza, la estrategia se desarrolla hasta llegar a condenar explícitamente a cualquier organización que tenga fines disruptivos más o menos explícitos y a toda medida que suponga una acción directa, cosa que puede observarse con claridad en los planteos de Mariano Grondona y Natalio

² Casi un siglo más tarde, la obra de Jean Jacques Rousseau proyectaría una versión “comunitaria” del contractualismo dando origen a una tensión entre libertad e igualdad que el liberalismo nunca superó ni en el plano teórico ni en el de la práctica política y que se hará evidente en nuestra indagación (Terán; 2008: 48).

³ Instituciones como la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, la Academia Nacional de la Historia o el Instituto de Historia Militar Argentino y el diario *La Nación* jugarían un papel aglutinador que se proyecta hasta nuestros días. Ese rol también será desempeñado por universidades como la UCA, la de San Andrés y la Di Tella.

Botana durante los días previos y posteriores a la Masacre del Puente Pueyrredón⁴.

A estos tópicos y estrategias habrá que sumarle una sistemática preocupación por readecuar el papel del Estado para recuperar su nivel de eficacia y actividad. Un énfasis que sería inentendible si no tenemos en cuenta la centralidad que posee el Estado capitalista en el ejercicio de la hegemonía burguesa. En definitiva lo que se vislumbra en la fracción liberal (también en la liberal-democrática, más allá de los matices) es la necesidad de que el Estado recupere su autoridad, es decir su capacidad para desempeñar su rol en cuanto al monopolio en la recaudación y la gestión de los recursos, en la generación de instrumentos de unificación simbólica y en el uso de la coerción.

En función de esta descripción queda claro que la fracción liberal estuvo involucrada en una apuesta por recuperar la legitimidad de las instituciones de la democracia representativa. Su interlocutor privilegiado fue la clase dominante y sus élites dirigentes.

La fracción liberal-democrática

Hablar de una fracción liberal-democrática en el campo intelectual argentino de principios del siglo XXI, implica remitirse a su proceso de conformación en la “transición democrática”. Por aquellos años, un amplio espectro de intelectuales retornó a la vida pública en un contexto histórico sumamente diferente respecto del período previo a la dictadura. El procesamiento de la experiencia del terrorismo de Estado, la derrota política de los movimientos revolucionarios, la contraofensiva capitalista y el retorno al régimen de la democracia liberal representativa, generaron las condiciones para que buena parte de esa intelectualidad abandonara definitivamente las perspectivas teóricas y las posiciones políticas anticapitalistas asumidas en el período anterior. Las estructuras sociales y políticas que hasta hacía unos años eran denunciadas como eufemismos de la dominación y la opresión, pasaban a ser consideradas como mecanismos a mejorar, en la medida en que constituían el único orden posible. En aquellos años '80, el grupo de intelectuales articulado en torno al Club de Cultura Socialista, la revista *Ciudad Futura* y también a *Punto de Vista* emprendió un proceso de revisión del marxismo que significaría un alejamiento de los clásicos de esa tradición, para quedarse casi exclusivamente con una lectura en clave socialdemócrata de la obra de Gramsci⁵ e incluso terminar asumiendo al liberalismo como matriz política⁶. Desde ese núcleo también se producirá un desplazamiento que llevará a reivindicar el papel de la crítica cultural como crítica política en sí (Sarlo; 1985).

En ese marco, el proceso de institucionalización de las ciencias sociales cumpliría un papel fundamental en la conformación de esta fracción. Los intelectuales que protagonizaron la conversión ideológica que venimos describiendo fueron actores privilegiados de esa institucionalización, y se vieron atravesados por un proceso de profesionalización que en este caso implicó la adopción, por parte de un sector nada despreciable, de la retórica ofrecida por la ciencia política anglosajona, que por aquellos años se afianzaría como el paradigma dominante en la materia (Wortman; 2002: 330; Rubinich; 2001: 36). Este punto es nodal, ya que plantea un desplazamiento teórico que explica el modo de concebir la democracia y la política que adoptará de ahí en más esta franja intelectual, y que se expresa claramente en nuestra indagación. Una concepción de la democracia basada en el funcionamiento de ciertas instituciones y una visión de la política como el accionar de los ciudadanos

⁴ Botana, N.; “El invierno del descontento”, *La Nación*, 4/7/2002; Grondona, M.; “¿El tiempo corre a favor o en contra de Duhalde?”, *La Nación*, 23/6/2002.

⁵ José Aricó, integrante de *Punto de Vista* y *La ciudad Futura* resumía así el objetivo de esa relectura: “la pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política la lucha por construir un orden social y político en el que la conflictividad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad” (Aricó; 2005: 151).

⁶ Años más tarde, Juan Carlos Portantiero señalaba: “...me gusta reivindicar el socialismo como categoría. No necesariamente como dibujo de una sociedad perfecta ni como nada, pero sí como un espacio determinado que se asocia con la democracia, con el reformismo, e incluso, extremando las cosas, con lo liberal” (Mocca; 2012: 98-99).

organizados a través de los partidos políticos insertos en las instancias estatales de representación. Vale señalar que esta fracción encarnará, en el campo liberal, el polo que ponga atención en la cuestión de la igualdad y por ende, en el marco del auge neoliberal venía de asumir posiciones críticas respecto de la anulación de toda una gama de derechos sociales.

En nombre de una defensa del funcionamiento de las instituciones de la democracia liberal representativa, en medio de la crisis, el grueso de esta fracción intelectual repudiará las protestas y movilizaciones, esa es la posición de los intelectuales nucleados en *Punto de Vista*. Se colocarán entre quienes no ven allí nada que se pueda rescatar; así postulan una preocupación que los acompaña durante todo el período⁷. En tal sentido, ese grupo que constituye un núcleo duro de esta franja del campo intelectual pondrá en juego un tipo de discurso que tiende a *eternizar* las instituciones políticas, cuando al fundamentar su preocupación ante lo que define como la “desintegración del Estado y de la identidad nacional”, cataloga al movimiento de protesta como “anti político” (en el caso de Sarlo⁸) o como una expresión de la descomposición de las instancias de representación (Vezzetti). Este discurso tiende a presentar, una vez más, a un orden institucional –el de la democracia liberal representativa– como el “orden de las cosas” y fija, de esta forma, la “normalidad” de la práctica política en los ámbitos de representación establecidos en las instancias estatales a través de la actividad de los partidos políticos. Por eso, al momento de las elecciones de 2003, esa preocupación inicial derivará en la inquietud por las consecuencias negativas que la fragmentación del sistema de partidos puede generar respecto de la “governabilidad”. Asimismo, esa *cosificación* que borra las luchas que están en el origen de esas instituciones y omite las relaciones de dominación que esas mismas instancias de representación generan y legitiman, en la medida en que concentran el monopolio de la deliberación y la toma de decisiones de alcance general, da pié a la insistencia en la necesidad de implementar reformas para que el sistema político sea capaz de canalizar parte de las demandas.

De modo tal que la fracción liberal-democrática concentra sus expectativas de cambio en las instituciones de esa democracia liberal representativa. A su entender, la superación de la crisis provendrá de la capacidad que demuestren las elites dirigentes para *aggiornar* los mecanismos de representación y dar cuenta del problema de la creciente injusticia social. De hecho, sus interlocutores son éstos últimos y no los sectores movilizadas.

Los intelectuales populistas como parte de la intelectualidad crítica

Conscientes de la complejidad del término elegimos asumir el riesgo de definir a este sector del campo intelectual como “populista” por dos razones centrales. Por un lado, define a un conjunto de agentes cuya trayectoria y adscripción a una serie de principios ideológicos hacen referencia a una tradición político-cultural que podemos definir como nacional y popular, pero que en nuestro país se ajusta más bien a la identidad del peronismo. Se trata de un espacio de producción simbólica en el que podemos identificar a su vez dos matrices históricas, con sus respectivas figuras. En primera instancia el nacionalismo y la figura paradigmática de Arturo Jauretche, a quién en la literatura especializada se suele indicar como el primer intelectual peronista (Neiburg, 1998). Esta matriz le otorgará a esta fracción una marca muy fuerte: el antiliberalismo, el antiintelectualismo y la crítica sistemática a las izquierdas (De Diego; 2007: 50). En segundo lugar, opera en la configuración ideológica de este sector del campo lo que fue la llamada “izquierda nacional” que, a través de la obra de figuras como Jorge Abelardo Ramos o Rodolfo Puiggrós establecieron canales de diálogo entre esa primera matriz y los aportes provenientes del marxismo. Por otro lado, asumiendo una mirada sincrónica del campo intelectual durante el período analizado, este sector de la intelectualidad asumirá una defensa explícita

⁷ En palabras de Hugo Vezzetti: “el derrumbe del Estado no deja en pié una sociedad virtuosa” (“Escenas de la crisis”, *Punto de Vista* N° 72, 2002).

⁸ “La disolución de la Argentina y sus remedios”, *Página 12*, 23/12/2001.

de la herencia y de la perspectiva política definida por las experiencias denominadas como *populistas*. Incluso, ya no tratando de despegar a ciertas experiencias pasadas y presentes de ese rótulo surgido desde las izquierdas para remitirse a una serie de proyectos políticos que desde esa tradición se caracterizaba como limitados, sino para reivindicar su carácter democratizante y disruptivo⁹.

Tal como sucede con los agentes que forman parte de la fracción liberal-democrática, quienes integran este sector del campo han protagonizado el proceso de radicalización de los años '70. Sus figuras más salientes y activas en el período que analizamos son Horacio González, Nicolás Casullo y José Pablo Feinmann. Los tres dan cuenta de una trayectoria que incluyó un período de militancia política en el peronismo, y sendos momentos de ruptura. Durante su itinerario político e intelectual participaron de proyectos culturales emblemáticos para el campo cultural peronista, a saber: la revista *Envido* en los primeros '70 y la revista *Unidos*, durante la transición democrática. A su vez, Feinmann fue el único de los tres que vivió la dictadura (1976-1983) en el país. Durante su exilio mexicano, Casullo integró el colectivo de la revista *Controversia*, una publicación clave para entender los debates posteriores sobre la derrota de los movimientos revolucionarios y también para comprender el programa intelectual de este intelectual y del colectivo de la revista *Pensamiento de los Confines* que integró hasta su fallecimiento.

Estas figuras son clave porque condensan una prolífica obra y porque, sobre todo González y Casullo, han generado en torno de sí mismos un conjunto de relaciones de afinidad que los muestran como referencia de un conjunto más amplio de productores culturales. Incluso, dirigen en esta etapa dos revistas culturales –*Confines* y *El ojo mocho*– que llevan una impronta personal evidente pero que también ponen en evidencia, dado la continuidad de esos proyectos, una identidad grupal. De los tres, estos últimos tendrán una inserción reconocida en el campo académico. Para el año 2003 ambos eran profesores titulares en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y dictaban otros cursos en distintas universidades. Feinmann, por su parte, tendrá un anclaje mayor en los medios de comunicación al ser uno de los editorialistas del diario *Página 12*. Con un corto paso por la tarea docente universitaria en la década del '70, ofrecerá una prolífica obra ensayística y literaria.

Como pudimos observar en nuestra Tesis de Maestría, la crisis de 2001 generó una división de posturas entre los intelectuales populistas. Si bien, tanto González como Feinmann saludaron y alentaron el proceso de movilización generado en el marco de la debacle del Gobierno de Fernando De la Rúa, Casullo se mantuvo muy escéptico, dando lugar a uno de los tópicos principales que hacen a esta tradición: el profundo cuestionamiento de las actitudes provenientes de las capas medias. De todas formas, más allá de los tiempos con que llevaría a cabo, la aparición de Néstor Kirchner en la escena nacional, su discurso y las primeras medidas de gobierno desencadenaron un proceso que empezó en el planteo de expectativas y derivó en un apoyo explícito y activo, que se traduciría en la incorporación de González como responsable de la Biblioteca Nacional.

En materia de instituciones y formaciones, para el accionar de esta fracción, en distintos niveles, serán clave la revista *Confines* y el diario *Página 12*. También la editorial Colihue y la propia Biblioteca Nacional. He ahí un entramado de dispositivos e instituciones que posibilitarán la circulación de las ideas y el establecimiento de pisos de homogeneidad ideológica.

En el período que abarcó el clímax de la crisis de 2001-2002, un conjunto de intelectuales con trayectorias reconocidas en el campo de las izquierdas y el nacionalismo popular confluyeron con sus modos de intervención e interpretaciones en lo que denominamos como “fracción crítica” del campo intelectual. El núcleo duro de los posicionamientos vertidos desde este sector estuvo dado por el modo en que durante el período analizado estos intelectuales reivindicaron la acción colectiva de los sectores subalternos. A eso habrá que sumarle la manera en que estos intelectuales pusieron de relieve la cuestión de la desigualdad social y cómo destacaron la ecuación de beneficiados y perjudicados ante

⁹ Como veremos más adelante, quien más asume esa tarea en esos términos será Nicolás Casullo.

cada política oficial.

Así las cosas, nos encontramos con un espacio constituido por productores culturales que generan lo que podemos llamar discursos contestatarios o formas incipientes de crítica ideológica de los significados dominantes y buscan potenciar el desarrollo de un nuevo sistema de prácticas y sentidos (Thompson; 1998: 103); lo que en términos de Williams podemos llamar elementos “emergentes” de la práctica social.

Asimismo, más allá del grado de heterogeneidad y dispersión institucional, que esta franja crítica presenta, estos intelectuales se dirigen, en un sentido restringido, a los sectores movilizados y, en un sentido más amplio, a todos los afectados por las políticas liberales aplicadas en las últimas décadas. De allí, que sus modos de intervención varíen según el momento y la inserción institucional de los agentes. Los artistas y los escritores son los más propensos al discurso agitativo y a dejar planteadas ciertas discusiones que atraviesan al movimiento de protesta, asumiéndose como parte activa de éste¹⁰. También hay intelectuales que se desempeñan asiduamente en medios de comunicación, tal es el caso de Osvaldo Bayer, que generan ese tipo de discursos más o menos cotidianamente¹¹. La crítica y la denuncia es un elemento que atraviesa los discursos producidos por los diferentes agentes, mientras que el relato pedagógico es más propio de los académicos¹².

2. Posiciones y lecturas en el nuevo escenario político y cultural

De aquí en adelante nos interesa explorar los posicionamientos, producciones y estrategias discursivas que ambas fracciones intelectuales pusieron en juego a partir de 2003, en el marco de un proceso de creciente estabilidad política, crecimiento económico y recuperación de la legitimidad del orden institucional, en donde la fuerza política en el gobierno, encabezada por Néstor Kirchner, asumiría un papel determinante. No sólo por pasar a ocupar el centro de la escena política, sino por transformarse en una usina de temáticas que tendrían una influencia significativa en el debate político-intelectual de la etapa.

2. a) *Los intelectuales liberales: la doctrina republicana y la crítica al populismo*

Desde la fracción liberal Mariano Grondona, Natalio Botana y Marcos Aguinis nos brindan un material fundamental para analizar la manera en que desde esa franja de la producción intelectual es procesada la salida de la crisis que encabezan los gobiernos justicialistas y más específicamente el desafío que supondrá para el campo intelectual la emergencia y consolidación del kirchnerismo. En sus planteos se reactualizan herramientas conceptuales y definiciones que la tradición liberal ha utilizado históricamente para interpretar al peronismo (Neiburg; 1998; Altamirano; 2011). A su vez, estos tres agentes nos permiten cubrir tres modos de intervención diferentes: Grondona es el editorialista que tiene un público cautivo desde su columna semanal en *La Nación* y su espacio televisivo; Botana aparece como un académico, cuyo capital simbólico está más ligado a las instituciones universitarias que ocupan un lugar predominante en el aparato cultural tradicional; Aguinis es el divulgador, el más inmerso en la lógica del *best seller* y que pone en juego un lenguaje que mezcla la fábula y el discurso de barricada. En ese marco, estos agentes elaborarán una interpretación del proceso de legitimación política que encabeza el gobierno de Néstor Kirchner que, en gran medida, estará más cerca de la “doxa” derivada de una estructura discursiva que es utilizada por estos intelectuales como un *a priori*, que del análisis de los procesos históricos en función de los avances y retrocesos en las relaciones de

¹⁰ Saccomanno, G.; “Lola”, *Página 12*, 23/12/2001; Audivert, P.; “Asamblea Madre”, *Página 12*, 24/2/2002.

¹¹ Bayer, O.; “El pesado yugo de los populismos”, *Página 12*, 28/1/2002. “Votar por las obreras de Brukman”, *Página 12*, 26/4/2003.

¹² BORÓN, A.; “¿Nación o mercado?”, *Página 12*, 8/2/2002. Schuster, F.; “Menem fue. ¿Qué fue?”, *Página 12*, 18/5/2003.

fuerzas entre los distintos actores sociales.

Utilizaremos los planteos de Grondona para indagar en el modo en que esta fracción intelectual se coloca ante el proceso de emergencia del kirchnerismo. Desde su columna en *La Nación*, Grondona se pregunta tempranamente sobre las razones del apoyo que, según los encuestadores, ha conquistado el presidente Kirchner. Describe su “estilo” de conducción y abre el interrogante acerca de si se trata de una moda pasajera o de “una nueva época”¹³. En pocas semanas, según Grondona, el presidente pasó de ser un político marginal a ser el más popular de los políticos argentinos. Antes que nada esto se explica por un estilo que contrasta con el de sus predecesores y que para nuestro autor se configura a partir de dos elementos centrales: la confrontación y la demagogia. Kirchner reta a los grandes empresarios, a la Corte Suprema de Justicia y a los militares. Al mismo tiempo, se abraza con sus seguidores e interpreta el humor social que marcan las encuestas. “Kirchner –sintetiza Grondona– ha logrado hasta ahora algo más: inspirar amor entre las masas y temor entre las minorías”.

Avanzando un paso más nos encontramos con un intelectual que se coloca por encima de la situación y es capaz de ir y venir desde el pasado hacia el futuro para dejar sentada una advertencia. Aparece una figura de enunciación que podemos definir como la del “profesor” que consiste en presentarse como un observador omnisciente –es también identificable como un rasgo de la figura del “sabio” que encarna el intelectual tradicional– para recordar que Juan D. Perón hizo demasiado tarde el giro que lo llevó de una “demagogia políticamente fructífera pero económicamente infructuosa” hacia la racionalidad económica del último tramo de su vida. En este sentido, Grondona intenta marcarle el camino a Kirchner afirmando que todavía está a tiempo para llevar a cabo esa “salvadora maniobra”, que por otra parte es el camino que para nuestro autor ha decidido transitar su colega brasileño Luis Inácio Lula Da Silva.

En consonancia con la caracterización general que ofrece Grondona, en su libro *Poder y hegemonía* publicado en 2006¹⁴, Botana planteará una lectura del desenvolvimiento del proceso abierto con lo que define como “la crisis social y política que fracturó al país”, haciendo foco en las características del régimen político que emergió de las elecciones de 2003. Para ello ratificará una de las constantes metodológicas en la tradición liberal: se centra en el funcionamiento de las instituciones, privilegiando el accionar de los partidos políticos, y los mecanismos de gobierno. En esa línea, para definir el “régimen político” se referirá al “transformismo” y el carácter presidencialista del justicialismo” y al estilo político desplegado por Néstor Kirchner. Más puntualmente, para nuestro autor, el gobierno de Kirchner reeditó un tipo de liderazgo que pone en cuestión las instituciones republicanas, renovando así una tradición “hegemonista” ensayada como nunca durante los gobiernos de Carlos Menem (p. 11). Kirchner, puntualiza Botana. “utilizó las ventajas del crecimiento económico y el superávit fiscal para desarrollar su liderazgo” (p. 77).

De esta manera, el kirchnerismo aparece en la descripción de Botana como un modo de ejercer el poder estatal desde el Ejecutivo, valiéndose de algunos mecanismos de concentración de ese poder como son los decretos y el manejo discrecional del presupuesto. Además, Kirchner se ha beneficiado de la declaración de un estado de emergencia que se ha prolongado, lo que permite una delegación casi permanente de poderes desde el Poder Legislativo hacia el Ejecutivo. Todo ello ha consolidado, según Botana, un régimen que revierte los mecanismos institucionales que hacen a “la república”. Se trata de una serie de prácticas que no sólo limitan la división de poderes, sino que además pone límites al desenvolvimiento de una “oposición legal”, instancia fundamental para la alternancia y el control democrático y republicano (p. 106).

Por su parte, el caso de Marcos Aguinis es digno de seguir con atención. Es uno de los intelectuales

¹³ Grondona, Mariano; “¿Cuánto durará la mayoría kirchnerista?”, *La Nación*, 10/8/2003. “Ya no nos fascina el progreso sino el castigo”, *La Nación*, 17/8/2003.

¹⁴ Botana, Natalio (2006); *Poder y hegemonía*, Buenos Aires, Emecé.

más prolíficos del período y de la última década, y uno de los más leídos¹⁵. Es interesante señalar que de la crítica casi elíptica que le dedica en su *¿Qué hacer?*¹⁶ del año 2004, al kirchnerismo, pasará en un segundo libro, *El atroz encanto de ser argentinos 2*, publicado tres años después, a un cuestionamiento frontal y sin matices. Las razones de esta operación pueden referirse de manera conjetural al poco tiempo que llevaba el nuevo mandatario en su puesto. Más todavía podría explicarse por el poco tiempo transcurrido del clímax de la crisis de 2001 y por el respaldo que Kirchner había alcanzado por entonces. Concretamente, en este primer momento Aguinis deja planteada una lectura de la historia argentina en términos de la oposición liberalismo vs. “populismo intervencionista” que cristalizará en su siguiente trabajo.

Aguinis propone una tesis fundamental que lo coloca como un claro exponente del ideario liberal. Afirma que el país está atravesado por la pobreza y la exclusión, una situación que ha de superarse generando más fuentes de trabajo, cosa que se logrará sólo garantizando una mayor inversión. Pero no hay inversión si está en duda la seguridad jurídica, que a su vez, sólo se consigue si hay un convencimiento de que por ahí pasa realmente el progreso. De modo tal, Aguinis postula las bases para el renacimiento argentino (ese es el subtítulo del libro) en función de una reactualización de los principales elementos de la doctrina liberal, tanto en lo económico como en lo político. A su entender, las razones del descenso nacional, que lleva siete décadas, habrá que buscarlas, por un lado, en un conjunto de ideas equivocadas y prejuicios que han obnubilado a la mayor parte de los “argentinos”. Por otro, lo que es ya un lugar común de la intelectualidad liberal, en una dirigencia poco apegada a las normas que ha cultivado una cultura de la dádiva¹⁷, ha pretendido dirigir el libre flujo de los capitales y se ha dejado llevar por un “igualitarismo tramposo”. De ahí, que los principales problemas que nuestro autor identifica sean: la anomia, la debilidad institucional y la resistencia al progreso.

Para el momento en el que el ciclo político tiende a cerrarse, Aguinis publica *El atroz encanto de ser argentinos 2*. Entonces nuestro autor profundiza su visión negativa del momento que vive “la Argentina”. Luego de cuatro años de crecimiento económico, caracteriza la situación en función de una inflación creciente, una profundización en la crisis energética y un atraso tecnológico que lo lleva a plantear una comparación con África. Reedita la imagen de una política gubernamental que espanta las inversiones y hace aparecer una figura que como vimos en otros pasajes es una imagen recurrente entre la intelectualidad liberal: la idea de que *el país ha dejado pasar una extraordinaria oportunidad* (pp. 32-33). A la vez, en estos pasajes hallamos un elemento muy importante. El cuestionamiento a los gobiernos de Carlos Menem encarnados en la expresión “los años '90” nos permite apreciar cómo esta es una posición que abarca tanto a populistas como a liberales. Supone sin más una especie de núcleo de consenso del que es difícil evadirse si se pretende construir un discurso legítimo sobre la actualidad.

Esa “extraordinaria oportunidad” de la que habla Aguinis está fundamentada en una proposición fundamental. Hay un “contexto externo” que cambió a favor del país “como nunca antes”. De hecho, la recuperación económica –que Aguinis se encarga de diferenciar del “desarrollo”– se debe más que nada a esa situación inédita y se dio “a pesar del gobierno” (p. 267). La supuesta incapacidad para aprovechar esa gran oportunidad tiene una razón fundamental para nuestro autor: toda iniciativa estatal

¹⁵ Por citar algunos datos, *Las redes del odio* se editó en 2003 con una primera edición de 16000 ejemplares cuando en promedio los libros de la intelectualidad populista lo hacen con 2000, *¿Qué hacer?* fue publicado en 2004 y para 2006 contaba con cuatro ediciones; *El atroz encanto de ser argentinos 2* (Buenos Aires, Planeta) es un libro de 2007 y para junio de ese año ya contaba con dos ediciones.

¹⁶ Aguinis, Marcos (2006) *¿Qué hacer?* Debolsillo, Buenos Aires, (1a Ed. 2004).

¹⁷ Para los propósitos de este apartado, vale puntualizar que para Aguinis esa “cultura de la dádiva” fue impulsada como nunca durante los primeros gobiernos de Juan D. Perón. En sus palabras: “la distribución escandalosa de pescado y no de cañas se incrementó hasta la bullanguera fiesta del primer peronismo, con ríos de sidra, toneladas de pan dulce y otros obsequios que provenían de los fondos fiscales (pagados por el sector productivo, cada vez menos productivo). Siempre con buenas intenciones, con sensibilidad social... No se advirtió que se corrompía a la gente y se la empujaba hacia la irreparable indignidad del mendigo” (p. 83).

que durante un tiempo prolongado se oriente a transfigurar la libre competencia de las fuerzas del mercado. “

Tal como ocurre con Grondona y Botana (también con algunos tramos de la producción de la fracción liberal-democrática) Aguinis intenta comprender los rasgos del kirchnerismo ubicándolo como la expresión de lo más cuestionable del peronismo. De este modo, Néstor Kirchner es un capítulo más en una cultura política, el “populismo”, que para Aguinis encarna buena parte de los males que forjan el pasado y el presente del país.

Llegados a este punto, nos preguntamos con Aguinis si existe para él luz al final del camino. Paradójicamente cuando su relato choca con las imágenes y caracterizaciones más duras aparece también la perspectiva alentadora. Primero, advierte que junto a esa sombría tendencia que acabamos de describir “brota una conciencia enfocada en el campo de la ética y el respeto a las instituciones”. Cuya premisa es “basta de tyrannos, de salvadores carismáticos y de clientelismo inmoral”. A su vez, asegura que se comienza a formar de a poco una “elite de figuras capaces”. No se trata de izquierda ni de derecha, advierte. Sino de un deseo de reconstrucción de las instituciones para sanearlas de la codicia y las prácticas mafiosas, de imponer el diálogo sobre la confrontación y la ley a la transgresión. En nombre de los fundadores de la patria –la referencia a Belgrano figura en el último renglón del libro– Aguinis se encarga de dejar planteadas las líneas directrices de un programa de acción que busca nostálgicamente volver a una época de oro que como toda época mítica no existió más allá de los libros y las mentes de las elites dirigentes. Es esta una operación trascendente para nosotros, ya que más allá del contenido de ese programa¹⁸ (una traducción de los lineamientos centrales del liberalismo económico y político) es en la fracción liberal que parece sobrevivir la figura del intelectual como legislador (Bauman, 2005).

2. b) *Los vaivenes de Punto de Vista y la fractura del espacio liberal-democrático*

En el caso de la fracción liberal-democrática el modo en que el kirchnerismo encabezó el proceso de recomposición de la legitimidad de las instituciones de la democracia representativa y de la autoridad estatal generó importantes tensiones que se transformaron en quiebres. Si bien en un principio, esta fracción acompañó en conjunto medidas como la renovación de la Corte Suprema o la anulación de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final¹⁹, con el correr del tiempo y la consolidación de un estilo de construcción política por parte del nuevo presidente que reforzaría más los rasgos “decisionistas” del peronismo clásico que los mecanismos institucionales ligados al republicanismo, las diferencias se profundizarán al nivel de establecer posiciones encontradas.

El caso paradigmático de esa fractura lo personifica José Nun. El politólogo que formó parte del núcleo inicial del Club de Cultura Socialista, integró el Consejo Editorial de *La Ciudad Futura* y fue colaborador asiduo de *Punto de Vista*²⁰, terminaría asumiendo en noviembre de 2004 el mando de la Secretaría de Cultura de la Nación, cargo que ocuparía durante casi cinco años.

A la vez, durante el año 2004 *Punto de Vista* sufrió el alejamiento de tres de sus figuras históricas. En el número 79 de agosto de ese año, se explicita la renuncia de Carlos Altamirano, María Teresa

¹⁸ “Imponer un sistema tributario nacional, estable y sencillo, fácil de cumplir”; “El Estado debe dedicarse sólo a los servicios públicos indispensables”; “Una reforma laboral que estimule la inclusión de la mano de obra”; “La producción competitiva debe mirar hacia el exterior (...) El Estado no debe seguir apuñalando la propiedad de los exportadores con retenciones que desalientan el flujo de exportación”; “El empresario no debe arrodillarse ante el funcionario de turno (...) Debe satisfacer al consumidor, para que su empresa crezca, sus empleados mejores sus sueldos y pueda pagar buenos tributos”. Aguinis, Marcos (2004); *¿Qué hacer?*, Buenos Aires, Booket, p. 134 (1ra Edición 2004).

¹⁹ Ver Sarlo, Beatriz (2004); “Sólo el peronismo puede gobernar” (Entrevista), en Caligaris, Hugo (Ed.); *Los intelectuales y el país de hoy*, Buenos Aires, *La Nación*. Vezetti, Hugo; “Aniversarios: 1973/1983”, en *Punto de Vista* N° 76, agosto de 2003.

²⁰ Al igual que Beatriz Sarlo y otros miembros de la dirección de Punto de Vista, Nun había participado de la experiencia del *Frepaso*.

Gramuglio e Hilda Sábato al Consejo de Dirección a través de la publicación de sendas cartas²¹.

Dicho lo anterior, exploraremos algunas producciones del colectivo que dirige *Punto de Vista* retomando los tópicos principales que marcan el terreno del debate político-intelectual de la etapa: las lecturas sobre el fenómeno kirchnerista y los debates sobre las políticas de la memoria y el “retorno” de los años '70.

En el escenario de emergencia del kirchnerismo, Hugo Vezzetti publicará un artículo²² en el que el integrante del Consejo de Dirección de la revista plantea un paralelismo entre el entusiasmo generado por el gobierno de Néstor Kirchner y el escenario que caracterizó a los primeros años de la transición democrática iniciada en 1983. Según Vezzetti, el nuevo escenario caracterizado por la relegitimación de “la política y de los políticos”, no puede comprenderse sin considerar a aquel proceso que llevó a la reinstalación democrática como un hito que ha calado hondo entre la ciudadanía. En uno y otro caso “justicia” y “democracia” constituyen las bases para un nuevo período histórico. En ese marco, nuestro autor, evalúa los alcances del “setentismo” del Gobierno diferenciándose tanto de la reacción mostrada desde los sectores más duros del liberalismo político e intelectual como de una supuesta valoración acrítica de esa experiencia histórica y generacional.

De ese modo, Vezzetti destaca el accionar del nuevo presidente, aunque advierte sobre las limitaciones que observa en un proceso de recomposición de la autoridad política. En sus palabras: Frente al escenario conocido de amplia deslegitimidad y fragmentación políticas, la acción del presidente, solitaria, se ha mostrado capaz de recomponer un campo político; y abre las vías de coaliciones innovadoras capaces de afirmar y ampliar las bases, incluso parlamentarias, del poder hoy afirmado casi exclusivamente en su autoridad (p. 2).

Para nuestro autor, una cuestión es la referencia al “setentismo” como marca generacional y otra cosa es reivindicar sin más sus métodos y fines. Para ilustrar este planteo, el mismo Vezzetti afirmará que “nadie en los '70 se hubiera entusiasmado con el gobierno de Kirchner” y advierte que muchos de los protagonistas de aquella etapa están completamente asimilados a los modos de funcionamiento de la democracia actual. Es más, Vezzetti dirá explícitamente que esta situación es lo que la “derecha no comprende”.

En suma, es un momento en que la fracción liberal-democrática se preocupa por diferenciarse de la fracción liberal y reedita su distanciamiento de las posiciones que responden a las posiciones más tradicionales entre las izquierdas. De este modo, este momento de emergencia del kirchnerismo, en términos de caracterizaciones y posicionamientos la intelectualidad liberal-democrática quedará más cerca de las posiciones que representa el kirchnerismo que de los planteos de la fracción liberal. Como veremos más adelante esa situación se irá modificando con el correr del tiempo y el desenvolvimiento de las correlaciones de fuerza²³.

Ese desplazamiento se evidencia claramente cerca del cierre del ciclo que aquí estudiamos, Sarlo

²¹ Altamirano es el más claro a la hora de ubicar la razón de su alejamiento: “no voy a sorprender a ninguno de ustedes si digo que me encuentro fuera de ambiente, es decir, fuera del círculo de consenso que de unos años a esta parte define la línea de *Punto de Vista*”. En tanto, Sábato aducirá directamente un conflicto personal con Beatriz Sarlo, a quien define como “intolerante” y de quien se distancia por no compartir sus métodos de trabajo. Por su parte, Gramuglio se refiere, por un lado, a que el equipo de dirección había abandonado “la práctica de la discusión previa y colectiva de todo lo que se publicaba”. Condena públicamente el maltrato de Sarlo hacia Sábato y considera que su salida es inevitable luego de conocer la decisión de Altamirano, puesto que sin su presencia se echaba por tierra el equilibrio interno con el que funcionaba el Consejo de Dirección.

²² Vezzetti, Hugo; “Aniversarios: 1973/1983”, en *Punto de Vista* N° 76, agosto de 2003.

²³ Estas lecturas y posiciones coinciden con la publicación de *La pasión y la excepción* (Siglo XXI, 2003) por parte de Sarlo. En ese libro la ensayista explorará desde una mirada que reactiva criterios del materialismo cultural las razones históricas y los significados de una figura como la de Eva Perón y una experiencia como la lucha armada de los '70, con el análisis de la organización Montoneros como pivote, intentando anclarla en su clima cultural e ideológico. Construyendo en definitiva una visión más comprensiva que condenatoria tanto del peronismo como de la militancia revolucionaria de los años '70.

ofrecerá una serie de consideraciones que denotan una consolidación en el desplazamiento demostrado en las lecturas y modos de intervención del grupo de *Punto de Vista*. La estrategia pasa por demostrar lo que el kirchnerismo reproduce de aquello que era más cuestionable en el peronismo clásico y los tópicos y núcleos significativos utilizados constituyen una posición de enunciación que aparece como defensora de las instituciones republicanas.

La proximidad de las elecciones presidenciales de 2007 lleva a Sarlo a sintetizar sus apreciaciones sobre el escenario político y sobre el papel que ha jugado el presidente Kirchner desde su asunción²⁴. Primera cuestión: la manera en que Kirchner ha fomentado desde el Poder Ejecutivo una interpretación histórica de los años que desembocaron en el Terrorismo de Estado. Al respecto, Sarlo sostiene:

El presidente tiene posición tomada en esta cuestión ideológica todavía abierta. No sólo ha garantizado que la justicia pudiera seguir actuando, sino que ha dicho que las víctimas debían ser reivindicadas no sólo como víctimas sino como militantes de una Causa que él ubica en sus orígenes políticos. Con esto, desde el poder, Kirchner está ofreciendo un sostén a la lucha de interpretaciones que está lejos de cerrarse (p. 2).

Segunda cuestión: para Sarlo, si bien Kirchner ha trazado políticas adecuadas al presente, muy alejadas de las apuestas de aquella etapa histórica, al mismo tiempo ha desplegado un modo de actuar en el que resuena la subestimación a las instituciones republicanas y a la libertad de prensa propias de un *ethos* de época en el que la acción revolucionaria colocaba a la cuestión de la democracia representativa en un lugar subordinado, pero que sobre todo ha conformado una práctica estructurante del peronismo clásico. En palabras de la autora:

...La república institucional, siempre incómoda para el peronismo, es reemplazada por un ejecutivo poderoso, implacable y concentrado en la figura presidencial. Con el *ethos* de los setenta, regresa la antipatía histórica del peronismo por las instituciones deliberativas donde hay que escuchar voces opositoras, júzgueselas como se las juzgue (p. 3).

Por último, vale tomar nota de la ambigüedad con la que Sarlo cierra su reflexión. Por un lado, dirá que pasados casi seis años de la crisis de 2001, el país llega a las elecciones de octubre de 2007 “en las mejores condiciones que nadie se hubiera atrevido a imaginar cuando Kirchner fue elegido presidente” (p. 5). Pero al mismo tiempo destaca que se trata de una estabilidad institucional que está muy centrada en un liderazgo sin “partido” y que por ende depende en demasía del “cuerpo del líder”. A diferencia de lo que ocurría incluso en el peronismo clásico, en la medida en que el papel de la estructura partidaria tiene un papel más que nada instrumental, se trata de un esquema de construcción de autoridad que padece de debilidades fundamentales allí donde residen sus mayores fortalezas.

2. c) *La intelectualidad populista: la vuelta del hecho maldito*

En este apartado nos proponemos indagar las producciones de la intelectualidad populista referidas a la emergencia, consolidación y despliegue del fenómeno kirchnerista. Nos centraremos en la producción del grupo editor de la revista *Pensamiento de los Confines*, centrándonos en su figura más relevante, Nicolás Casullo.

El kirchnerismo como reinventor del peronismo

La reflexión sobre la experiencia del peronismo, sus significados actuales y sus formas de sobrevivir a las distintas coyunturas ocupa un espacio significativo en las páginas de *Confines*. Si bien, el peronismo es una temática transitada de un modo u otro desde el surgimiento de la publicación, con la emergencia del kirchnerismo este tema recobra vigor y pasa a ocupar un espacio más significativo.

El grupo que dirige la revista se mostró expectante y receptivo ante la aparición de los principales tópicos del discurso y el estilo poco afecto a los protocolos que demostró el presidente Kirchner. Sin ir más lejos en su número 13, de diciembre de 2003, *Confines* publica un apartado titulado “Peronismo y transfiguración”. En el texto de presentación el colectivo editor plantea que peronismo aparece como una crónica del eterno retorno, un retorno que es siempre “advenimiento y promesa”.

²⁴ Sarlo, Beatriz; “¿El último avatar?”, en *Punto de Vista* N° 87, abril de 2007.

Los trabajos que componen el apartado, dice el texto introductorio, intentan analizar al peronismo a partir del nuevo tiempo que abre la presidencia de Néstor Kirchner y la impronta con que su estilo “ha gestado la pretensión de otra intencionalidad de Estado bajo ideas de justicia, memoria, ética, latinoamericanismo e ideario nacional a recuperar”.

En principio, tenemos para destacar, entonces, la forma en que estos intelectuales intentan aportar una lectura que combina los signos de la novedad con los de la repetición. Nos interesa explorar con más detenimiento el artículo que Casullo publicó en ese apartado. En ese texto encontraremos una serie de núcleos significativos que nos permitirán construir un primer acercamiento a las lecturas que la emergencia del kirchnerismo ha generado en esta fracción del campo.

Medio año después de la llegada de Kirchner a la presidencia, en “La pregunta por el peronismo” Casullo plantea dos ideas fuerza. Tan solo seis meses atrás era imposible prever que en medio de una sociedad quebrada podía surgir un nuevo “auge peronista”. Del mismo modo, era impensable que un presidente peronista fuera a comandar un proceso que llevaría a una “redignificación de la política” (p. 9). En momentos en que las cualidades de ese puesto eran olvidadas, emergió “la figura de un presidente accionando en solitario casi hasta el exceso” como recurso decisivo para comenzar a revitalizar “instancias que remiten a valores, a memorias, a autoconsideraciones” (p. 9). Según Casullo, Kirchner aparecía como una figura que cuanto menos emergía con “la capacidad de monopolizar los signos del período desde la fuerza que le ha dado plantear lógicas de utilización progresista del poder, defensa de lo nacional y firmeza ética de la gestión” (p. 11).

En ese marco, nuestro autor destacará por de más un gesto en el accionar presidencial que es clave para comprender este “neoprotagonismo peronista”. Para fines de 2003 Kirchner había enfatizado en reiteradas oportunidades su condición de integrante de la generación peronista de los años '70. Un pronunciamiento que, según Casullo, determinó un quiebre en el orden de lo simbólico, ya que se hizo cargo de un agujero negro en la historia del peronismo y a la vez rompió con una fraseología de época que dio por finalizada toda una genealogía política nacional en pos de un vacío histórico. De este modo, para Casullo, con ese gesto Kirchner no sólo aportaba al nuevo retorno de un peronismo siempre en condiciones de renovarse, sino que además –y aquí reside la mayor novedad– lo hacía deconstruyendo ideológicamente toda una época.

Del mismo modo, nuestro autor se encarga de enfatizar que Kirchner no propone una vuelta a la simbología partidaria tradicional. En todo caso, Kirchner ha conformado la idea de un nuevo origen peronista y quien dice origen dice mito fundacional. Este nuevo origen ya no remite al vigor de la movilización popular, sino que emanó de la Casa de Gobierno en conjunción con todo un tejido massmediático que difunde el nuevo relato y su gestualidad provocativa. En la óptica de Casullo, esas bases tan disímiles de las históricas dejan abierta la resolución acerca de qué tipo de peronismo es este peronismo que viene “después del peronismo y de lo cadaverizado por el peronismo” (p. 10). He aquí una tesis importante del Casullo de estos años de crisis generalizada y emergencia del kirchnerismo: la idea de un posperonismo.

¿Qué quiere decir Casullo con esta expresión? En principio que preguntarse por el peronismo actualmente tendrá mucho de alejarse de un relato ya dado. Implica tomar el riesgo de alumbrar nuevos significados y lenguajes de cara a circunstancias demasiado nuevas (p.13). Dicho con las palabras de Casullo exige reconocer la “muerte de la política” como participación e involucramiento colectivo (p. 20). A su entender, no queda casi nada del peronismo como experiencia política, como doctrina y organización. En todo caso sobrevive en una suerte de estado esencial. Esto se percibe cuando afirma que más allá de cualquier definición tajante el peronismo subyace como “forma cultural de nuestro ser político” (p. 18). De ese modo, el peronismo es un mundo superado que persiste; ya no en los discursos y las acciones políticas en curso, sino en tanto una historia del siglo XX argentino que ya no es.

De modo tal, a esta altura de nuestra exploración podemos dejar sentado un núcleo significativo trascendente en el planteo de Casullo respecto del peronismo. Para Casullo la historia de lo popular y

de lo subalterno parece agotarse en el peronismo, o por lo menos tiene en el peronismo a su versión fundamental. Esto será más evidente cuando analicemos sus producciones referidas a la experiencia de las organizaciones del peronismo revolucionario de los setenta. Allí también las responsabilidades, las potencialidades y las frustraciones son más que nada, o casi exclusivamente, cuestión de la tendencia revolucionaria del peronismo.

Casullo ve en este momento de emergencia del kirchnerismo una operación que distingue esta aparición de lo que fueron otros momentos fundacionales de la política nacional. Lo que en otros textos Casullo llamará “los otros '70 de Kirchner” suponen, antes que nada, la reivindicación de una etapa histórica que nunca había sido reivindicada desde el peronismo. Representa, para nuestro autor, la vuelta de un peronismo “masacrado” y “negado” por el peronismo oficial. En segundo lugar, la generación del '70 citada desde la presidencia deja de lado la referencia a una dirigencia iluminada y políticamente errada, para pasar a connotar el sentido de la pérdida de una conciencia popular, de la idea de fraternidad y de justicia. Y también de una ética militante. La pérdida, según Casullo, de una camada peronista que nunca volvió a surgir. Cuando Kirchner explicita su pertenencia a esa generación que ya no está hace reaparecer a esa historia peronista (pp. 26-27). En suma, este el pasaje que va desde la plaza como matriz y hecho fundacional a esos “otros ” '70, constituye el gesto fundamental de un peronismo después del peronismo.

Finalmente, Casullo asegura que el desafío del momento consiste en darle vida a una construcción política y filosófica que implica el pasaje hacia otra “configuración política popular”. Que debería desarrollarse con dos tensiones básicas: “desde la memoria nacional” contra la “licuación de los antecedentes y el cinismo posmodernista” y “desde la inscripción de nuevas identidades sociales y culturales victimizadas y en función de otra articulación Estado-economía” (p. 29). Dadas las expectativas puestas en el por entonces nuevo gobierno, para Casullo, buena parte de esa perspectiva estará encarnada por el kirchnerismo.

Un peronismo de centroizquierda

En junio de 2004, en su número 14, *Confines* publica el texto colectivo “Conversación sobre intelectuales, política y democracia”, que consiste en la edición de un diálogo mantenido entre el director de la revista Nicolás Casullo, los miembros del Consejo Editorial Matías Bruera, Ricardo Forster y Alejandro Kaufman, a los que se sumaron dos colaboradores habituales como Horacio González y Germán García. Si bien el artículo tiene muchas entradas de lectura posible, aquí nos interesa quedarnos en una idea que se transformará en un tópico importante en las interpretaciones del grupo y de Casullo en general respecto de las interpretaciones del kirchnerismo y el papel que ha jugado en la escena político-cultural en su etapa de emergencia. Nos referimos puntualmente a la idea de que el kirchnerismo es un peronismo de centroizquierda, que según la óptica de Casullo genera una contraparte que así como sucede con el peronismo y su eterno retorno, consiste en un recurrente histórico en la medida en que redundan en la configuración de un tipo de sensibilidad que tiene mucho del imaginario político de las derechas históricas y del otrora llamado “gorilismo”.

En este punto Casullo es muy conciso, afirma, por un lado, que “frente al peronismo de centroizquierda de Kirchner”, en el último año han reaparecido en la Argentina las disputas ideológicas al interior del peronismo. A la vez, se evidenció la emergencia de “una atmósfera ideológica y culturalmente gorila de vieja data”, que reaparece “siempre que el peronismo se estaciona más en su izquierda que a su derecha” (p. 15). En ese escenario, para nuestro autor, se ha generado además una discrepancia entre un progresismo totalmente asimilado a las condiciones que plantea el dominio económico y financiero, que ve en el modelo gubernamental chileno un paradigma a seguir, y un “pensamiento rebelde”, imprevisible y temerario, al estilo Chávez y Lula, temerario, con dosis de cierta irresponsabilidad, que en nuestro caso aparece sin mayores sustentos orgánicos.

En un tercer momento de su análisis, Casullo cristaliza un estado de cosas en relación con las

herramientas para poder pensar el nuevo tiempo histórico. Si *Confines* es en sí mismo un espacio para reflexionar sobre una época que se caracteriza por la falta de certezas también es un espacio de reflexión acerca del papel de los intelectuales y de la función del pensamiento crítico. En este punto, Casullo describe una sensación de incomodidad y deja entrever su pesimismo, pero no deja de situar su propio accionar en una tradición político-cultural. Vale la pena citar el siguiente fragmento:

Lo indudable es que el actual proceso que estamos viviendo en sus pros y sus contras, en sus cosas buenas y sus cosas no buenas, ha sorprendido a los que encadenamos lecturas y lecturas sobre los secretos y situaciones del país. Es decir, patentiza que el horizonte de un pensamiento intelectual sobre lo nacional está mucho más desarmado, precario, a la intemperie de lo que debería estar. Esto me lleva a plantear hasta qué punto este universo intelectual está golpeado, está herido, es uno de los grandes damnificados de la época, y cuando me refiero a ese universo hablo de escritores, ensayistas, profesores, periodistas, comentaristas, artistas, analistas de un mundo de izquierda democrática (p. 15).

De este modo, Casullo se ubica entre las coordenadas que traza “el horizonte de un pensamiento intelectual sobre lo nacional” y un universo de “izquierda democrática”. Aquí “lo nacional” habla más de una preocupación por las formas concretas que asume una sociedad, con su cultura política, su historia y su cultura a secas que a la idea de lo que hasta los años '70 podría haber significado lo nacional en oposición y en conflicto con la dominación imperialista²⁵. Una concepción mucho más vinculada con el hacer interpretativo de la tarea intelectual que con las definiciones conceptuales que requiere un hacer político. Asimismo, la idea de una “izquierda democrática” tiene el valor de mantenerse ligado a un significativo históricamente en declive que seguirá hablando de una identidad político-intelectual cuyos aspectos veremos más adelante, pero connota sobre todo la marca de una crítica que recorre la obra de Casullo desde los años del exilio en adelante respecto de los gérmenes autoritarios de la izquierda marxista de matriz leninista. De este modo, Casullo reivindica una cultura de izquierda que asume como propia la cuestión de la democracia²⁶.

Elecciones 2005: luces y sombras de un peronismo transversal

A mediados de 2005, con las elecciones legislativas en el horizonte, Casullo escribirá un artículo que titulará con uno de los núcleos significativos trabajados por el ensayista en aquel período de emergencia kirchnerista, “Un peronismo después del peronismo”²⁷. Esta es la idea que recorre el texto y que tiene una formulación novedosa en la transversalidad kirchnerista. No obstante las expectativas que el propio Casullo deja planteadas en relación con la idea de un peronismo renovado, también se distancia de la posibilidad de pensar en un peronismo “desperonizado”. A la vez, nuestro autor no ahorrará críticas al modo de construcción política que el kirchnerismo ha demostrado hasta aquí.

Para Casullo aquellos comicios se presentaban como una situación propicia para verificar el potencial de esta perspectiva. La transversalidad, ese proyecto que, según Casullo, sigue estando poco claro y muy poco discutido, aparece sin embargo como la mejor oportunidad para fundar un “nuevo tiempo de centroizquierda” con bases nacionales, que exprese una ruptura pero también lazos de memoria con respecto a antiguas experiencias populares y que se presenta como la fuerza que pugna contra “la pura disolución de la política” (p. 258).

Dicho esto, Casullo se encargará de dejar sentadas una serie de advertencias. La primera es que para él se necesita un “proyecto posperonista, a la vez hijo de esa biografía popular” basado en una “fuerza democrática popular diversificada y renovada” (p. 262). La segunda es que el justicialismo ha sobredeterminado todos los intentos de refundar al peronismo. De hecho, nuestro autor llama la atención acerca de que la transversalidad kirchnerista repite el dispositivo básico de la figura del jefe y del llamado recurrente a la renovación de la política (p. 261). Debemos señalar que aquí Casullo está

²⁵ Ver ACHA O. (2006), *La nación futura*, Buenos Aires, EUDEBA.

²⁶ CASULLO, N; La democracia una cuestión difícil; “Los años '70: cultura y política”, en *Las cuestiones*, op. cit.

²⁷ El texto fechado el 28 de mayo de 2005 fue publicado en la revista *Lezama* y luego en CASULLO, N. (2008) *Peronismo, militancia y crítica* (1973-2008), op. cit. De ahí son las citas.

leyendo de modo crítico la experiencia del Frepaso que se propuso en los años '90 fundar una nueva fuerza basándose en una operación de desperonización –cosa que para nuestro autor explica en gran medida el apoyo que obtuvo en un campo cultural que se viene desperonizando a paso firme en las últimas tres décadas–. En este sentido, Casullo plantea una paradoja. Por un lado, el peronismo al que asistimos es un peronismo que “ya agotó su crónica intelectual y ética, su fecundidad cultural histórica”, pero que al mismo tiempo “sigue siendo un voto ganador como en un 'fuera de película' que todavía gira en el proyector” (p. 263).

Para Casullo, el gobierno de Kirchner tiene un “sesgo nacional y popular” y “busca afianzar sus pretensiones populares desde el poder” (p. 257). Asimismo, tiene debilidades muy sensibles desde el punto de vista de la construcción política. Desde su óptica, a pesar del aura setentista –que en virtud de su ausencia como matriz de acción política juega el rol de una especie de edad de oro a ser recuperada– la modalidad política que impuso el kirchnerismo se basa en el verticalismo decisionista del presidente y en la interpretación del humor social en virtud de las encuestas. Es, sin más, un estilo político “superestructural”, añade Casullo.

Para nuestro autor, he aquí una cuestión clave que hace a los límites de la mediatización de la política en una sociedad massmediática y miserabilizada. Sin negar la tensión en la que el kirchnerismo se ha movido en relación con las lógicas periodísticas y mediáticas impuestas, Casullo le reprocha su recelo a “juntar y discutir con cuadros políticos”, su intolerancia ante pensamientos divergentes y el haber relegado hasta el momento la conformación de “nuevos campos culturales, comunicacionales e intelectuales” (p. 260).

La mayor dificultad enunciada por el ensayista, pasa en definitiva, por la construcción de un poder democrático de nuevo cuneo en una sociedad que define como devastada. Cómo pensar una construcción de la política que de respuesta al desfase existente entre estructuras políticas, simbologías tradicionales y vaciamiento programático, entre vida social y lógica comicial, entre el engorde de lo privado y el angostamiento de la vida pública que viven las democracias contemporáneas. Es en base a esta última reflexión que el propio Casullo observa con preocupación el tinte de pragmatismo que advierte en el accionar presidencial.

Unos meses más tarde, en otro texto titulado “Peronismo, política y cuevas culturales”²⁸, Casullo volverá sobre la cuestión de la transversalidad. Esta vez lo hará para asegurar que esa estrategia pecó de ingenuidad cuando se propuso, no sin fundamentos, dejar de lado a aquellos dirigentes que aparecían como más cuestionados por la ciudadanía. A su modo de ver, la ingenuidad consistió en que esos “malos representantes” son en gran medida votados para serlo. “La gente los vota, más allá del clientelismo o porque no hay otra cosa”, advierte Casullo. En este sentido, nuestro autor dejará sentado el interrogante acerca de por dónde pasa lo verdadero y lo genuino en materia de rechazos y aceptaciones en una sociedad massmediatizada, en la que los medios de comunicación dominan el imaginario de la política con un discurso que la construye como algo turbio y sin principios éticos. Su enfoque realzará la crítica al lenguaje de esos medios masivos de comunicación y al comportamiento de una clase media que tiende a posicionarse ante la vida política desde un sistema de prejuicios de un país progresista y republicano, eludiendo llamativamente el juicio de valor respecto de las prácticas de la dirigencia política y más específicamente de la trayectoria del peronismo.

Es desde este punto de vista que Casullo valora positivamente la pelea entre Kirchner y Duhalde, plasmada en los meses previos a aquellos comicios. Para nuestro autor esa disputa le resta ingredientes románticos (podríamos decir idealistas) a la actividad política, al tiempo que reedita una marca de origen del propio peronismo que tiende cíclicamente a autodepurarse y pone de manifiesto la especial ideología con que los grandes medios argentinos construyen el relato de la política populista (p. 265).

²⁸ El texto fechado el 28 de agosto de 2005 fue publicado en la revista *Lezama* y luego en CASULLO, N. (2008) *Peronismo, militancia y crítica* (1973-2008), op. citi. De ahí son las citas.

Por un lado, Casullo hace referencia a una creencia antigua y muy arraigada que fracturó el país entre “los que trabajan” y “los políticos que gobiernan”. Se trata, para nuestro autor, de una “conciencia 'clasesmediera” que en las últimas décadas se impuso como sentido común. En efecto, el “2001” fue, según Casullo, una especie de profecía autocumplida que cristalizó ese imaginario en el “que se vayan todos”. Medio siglo antes, ni el peronismo escapó a esa lógica cuando emergió presentándose como algo distinto a la política y sus instituciones.

Acto seguido, advierte que el peronismo pos golpe militar de 1955 hizo de la demarcación interna una operación constante y constitutiva. Desde ahí en adelante la “depuración” asumiría distintas formas y apuntaría a identidades políticas de un ala u otra, sintetizada en los setenta con la lucha entre “burócratas” y “zurdos”.

De este modo, la interna peronista se despliega en base a una estructura de enfrentamientos que tiende a confluir con la matriz de espectacularización que gobierna los medios masivos de comunicación. Esa interna contiene rasgos que son hiperbolizados por los medios en un relato que materializa tres elementos centrales de un discurso de época. Por empezar, el partido peronista es el objeto privilegiado de la crítica a la política por ser esencialmente corrupta, demagógica y parasitaria. En segundo lugar, la obturación de los proyectos revolucionarios y el borramiento de las culturas de izquierda contribuyó a reforzar la idea de que ya no existen ni límites ideológicos ni programas entendibles. Tercero, la historia incómoda del peronismo ha generado su correlato a modo de espejo. A cada época le corresponde, según Casullo, un antiperonismo más o menos dinámico en el que predominan los prejuicios de clase. En suma, son estas ideologías las que confluyen para producir un relato diario sobre la política. Para Casullo, ese es el trasfondo cultural que las disputas internas del peronismo han puesto en juego en las elecciones de 2005.

Elecciones 2007: de Rancière al gorilismo

Dos años más tarde de aquellos artículos referidos a las virtudes de la transversalidad y a las disputas al interior del peronismo, Casullo publicará un texto aparecido inicialmente en el sitio virtual Rayando los Confines en el que, de cara a las elecciones generales de 2007, analiza el escenario político-cultural y desmenuza lo que estaba en juego en esos comicios²⁹. Si bien, se trata de un artículo en el que nuestro autor plantea algunas ideas que desarrollará más en fino luego de las elecciones, es interesante detenernos en él para apreciar el modo en el que dichas ideas se despliegan.

Por un lado, Casullo enfatiza sobre la constitución de un escenario en el que avisa un nivel de confrontación creciente. Volviendo sobre el tópico que venimos identificando en los planteos del grupo de intelectuales articulado en *Confines*, vinculado a la emergencia de un espacio de ideas y acciones refractario a las iniciativas del gobierno que recuerda el enfrentamiento peronismo/antiperonismo de otras épocas, nuestro autor afirma que en los últimos años se ha conformado una “atmósfera interpretativa cada vez más tensa que podría denominarse un mirar peronista y un mirar antiperonista de las mismas cosas”. Para Casullo, esta situación es más preocupante en la medida en que se ha consolidado un proceso de distanciamiento entre las experiencias socio-culturales de las distintas clases sociales. En este contexto, Casullo se preguntará “qué democracia es posible para estos mundos que se cierran sobre sí mismos como nunca antes” (p. 283).

Casullo afirmará, asimismo, que postulará ese estado de cosas se presenta como una versión algo diluida de un panorama más general que se vive en el continente a partir del enfrentamiento ideológico y espiritual generado por la emergencia de “gobiernos de raíz populista con apoyo de mayorías populares” (p. 285). En esa línea, conservando un grado de abstracción que no siempre termina siendo eficaz para explicar la situación concreta, Casullo cita al Jacques Rancière para aludir a la emergencia de un inédito odio social. Según el filósofo francés estaríamos viviendo un tipo de democracia liberal

²⁹ CASULLO, N.; “Elecciones 2007: reyertas y peronismos en tiempos mutantes”, *Peronismo*, op cit.

que se caracteriza por excluir y volver ilegítimo al diferente y que tiene en sus fundamentos una violencia ideológica de autoconservación.

Lo ideológico reprimido regresa así como lo esperpéntico de las nuevas democracias encorsetadas por el reinado del credo neoliberal: vuelve en términos de derechas políticas 'sin partido', vuelve por debajo de los mundos simbólicos administrados ahora por un mercado mediático (p. 285).

Para Casullo esta descripción se ajusta a lo que ocurre en la Argentina, por eso un momento importante en cuanto a sus derivaciones está en discusión en los resultados electorales. Esto más allá de la existencia de una oposición disgregada y sin ideas, pero que, según nuestro autor, fomenta y desarrolla una profunda irascibilidad en las lecturas del presente (p. 287). En las condiciones específicas de la sociedad argentina, la emergencia de “un peronismo de centro izquierda” (al que Casullo sigue definiendo como eminentemente “superestructural”), que activa una revalorización de la historia reivindicando el peronismo del '45 y el '73 y provoca con muchas de sus acciones una nueva lectura sobre la legalidad y la ilegalidad, ha obligado a los distintos actores a posicionarse y a definirse. La confluencia de esos elementos es, en última instancia, lo que más allá de las críticas formales explica para nuestro autor, las razones de lo que define como “la intolerancia liberal antiperonista” (p. 288). De este modo, reaparece uno de los núcleos significativos clave en las reflexiones de Casullo para comprender el escenario político y cultural. El Kirchnerismo corrió a la derecha lo que venía siendo la Argentina normal y moderna. Con su versión peronista volcada hacia la centroizquierda reeditó el efecto que en la sociedad argentina generó el peronismo originario y aquel otro del '73: alterara “al país bienpensante” y quebrarlo social y culturalmente en dos.

Pasadas las elecciones, en su número 21, de diciembre de 2007, *Confirnes* dedica todo un apartado a analizar el saldo de las mismas. En el texto de presentación, a diferencia de lo que planteaban por aquellos meses los medios de comunicación y el “stablishment” político e intelectual que remarcaban la falta de interés que habían despertado los comicios, el grupo editor destacará que “nunca como antes” en estas elecciones la Argentina política, social, cultural e ideológica “se expresó de manera tan significativa para plantear interrogantes y signos de la escena nacional actual y por venir”.

En ese marco, Casullo publica su artículo titulado “Más al desnudo”³⁰ En él el director de la revista planteará dos tesis fundamentales. En primer lugar, las elecciones significaron un síntoma de una situación más general definida por el ensayista como “el regreso de la política” (p. 58). En otras palabras, para Casullo los comicios pusieron de manifiesto “un intenso país político que opta democráticamente por confrontar con vehemencia proyectos de disparidad social entre uno y otro programas no muy escritos” (p. 57). En el fondo de este nuevo paisaje está la reaparición de un peronismo ahora simbólicamente setentista que llama a medir las acciones políticas en función de un país industrialista-sindicalista y del trabajo que supone un rescate de aquel peronismo del '45. En segundo lugar, aunque suene exagerado, Casullo no duda en comparar el actual lenguaje político con el de la Revolución Libertadora y en tildar a las definiciones vertidas por la referente de la oposición, Elisa Carrió³¹, como una genuina representación de clase acerca del voto popular (peronista) en la Argentina (p. 59).

Como señalábamos más arriba, en la raíz del nuevo contexto político Casullo ubica a un kirchnerismo que, parafraseando nuevamente a Rancière, llegó para fisurar la “paz dominante” que se promueve desde un agresivo discurso liberal que encierra un feroz odio de clase pero que se muestra con la argucia del consenso imprescindible y la alternancia en el poder. Esta lectura es clave para sintetizar la visión de nuestro autor respecto del papel histórico que ha venido jugando el kirchnerismo. A su modo de ver, el kirchnerismo quebró dicha paz a partir de tres operaciones. Las referencias a un

³⁰ Ver CASULLO, N; *Las Cuestiones*, op. cit.. p. 140-141.

³¹ Luego de las elecciones Elisa Carrió sostuvo que en cuatro años se veía gobernando el país al frente de una coalición “en representación clara de las clases medias y medias altas con sus valores”... “para liberar a los pobres de la jaula del clientelismo” (p. 59).

origen peronista plantean un imaginario que contrasta con el de la seguridad, el desarrollo individual, el orden y la calidad institucional. Asimismo, la referencia identitaria del “grupo K” como parte de la generación de los '70 contacta con un pasado difícil de digerir para las clases medias y altas, al tiempo que constituye un tema muy difícil de procesar también al interior del peronismo. Por último, la política que fomenta el castigo a los crímenes del terrorismo de Estado como elemento crucial para fundar una democracia lastima toda una cultura de la dominación histórica empresarial, clerical, militar y social muy extendida, que expresa a grupos que consideran que esos son los baluartes del verdadero poder nacional.

A modo de cierre

Analizando desde una perspectiva histórica los posicionamientos, los tópicos y las imágenes que hemos explorado podemos decir que hacia el cierre del período histórico que delimitamos algunos sectores del campo intelectual argentino se vieron inmersos en un proceso de conformación de sendos bloques políticos (Piva; 2012). Por un lado, en los cuestionamientos llevados a cabo tempranamente por la intelectualidad liberal hacia el gobierno encabezado por Kirchner, su estilo “hegemónico”, su propensión a subordinar al resto de los poderes del Estado y de cooptar a representantes de otros partidos, percibimos los núcleos principales de la agenda de las fuerzas de la oposición que se enfrentaron electoralmente al nuevo oficialismo a partir de 2005. Y más adelante, también lo que para la coalición de entidades agrarias que chocaron con el Gobierno presidido por Cristina Fernández. De esta manera, la fracción liberal se integraría a un bloque político en la oposición y por fuera de la estructura del Estado, mientras que una fracción populista de origen nacional-popular y la franja de economistas “productivistas” o *heterodoxos*, harían lo propio desde el Estado y desde un conjunto de formaciones culturales, como la revista *Confines* y el Grupo Fénix. En este segundo caso, el análisis del proceso que siguió al clímax de la crisis y que determinó un tipo de hegemonía basada en la reconstrucción de la autoridad estatal y la satisfacción de ciertas demandas, empalmó con la crítica al programa neoliberal que ambos sectores del campo habían desarrollado en la década anterior y también entroncó con un haz de elementos simbólicos que remitieron a la tradición del nacionalismo popular o más directamente con la historia del peronismo. A lo que se sumaría un reconocimiento en clave generacional. La prédica confrontativa de Kirchner, su reivindicación de la militancia de la generación de los '70, la referencia constante al rol reparador por parte del Estado, contactó con un conjunto de valores preexistentes, pero al mismo tiempo catalizó una serie de debates que no eran nuevos para estas franjas del campo intelectual, aunque sí asumieron una vitalidad novedosa.

La fracción liberal-democrática, por su parte, quedará en una posición más ambigua durante este proceso. Como pudimos observar, valora que Kirchner haya contribuido a recomponer un espacio de autonomía para la política y haya relegitimado la autoridad estatal. Explica el respaldo que ha logrado, en gran medida, por la manera en que ha presentado la búsqueda de justicia para fortalecer la democracia, tal como ocurrió en la transición de los años '80. Sin embargo, con el tiempo, esta fracción advertirá en el gobierno una tendencia a consolidar el hegemonismo y a vaciar de pluralismo republicano las acciones estatales. Más allá de destacar el progreso en materia de relegitimación de la institucionalidad liberal-representativa, esta intelectualidad liberaldemocrática pondrá en primer plano los aspectos que hacen al estilo de conducción (“populista”) del kircherismo, planteando una inquietud similar a la que dejan sentada los liberales respecto de la inestabilidad potencial del régimen político. En definitiva, el análisis permite poner en evidencia que el proceso de conversión ideológica ha dejado una huella indeleble en este sector del campo intelectual. El desplazamiento que demuestran en sus elaboraciones muestra que la crítica respecto del funcionamiento institucional pesa más que la preocupación respecto de las condiciones sociales en las que el régimen político se desenvuelve. El cierre del período nos mostrará, por un lado, más puntos en común que diferencias entre una y otra

fracción analizada. Por el otro, que el kirchnerismo como fenómeno político-cultural ocupa un lugar central en los debates político-intelectuales y en las preocupaciones de sus principales figuras.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2006); *Intelectuales, notas de investigación*, Bogotá, Norma.
- Altamirano, Carlos (2011); *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bauman, Zygmunt (2005); *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, UNQui.
- Beltrán, Gastón (2005); *Los intelectuales liberales*, Buenos Aires, Libros del rojas, EUDEBA
- Bourdieu, Pierre (2002); *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Montessor.
- Bourdieu, Pierre (2008); *Homo Académicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Casullo, Nicolás (2004); *Sobre la marcha*, Buenos Aires, Colihue.
- Casullo, Nicolás (2007); *Las cuestiones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Casullo, Nicolás (2008); *Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008)*, Buenos Aires, Colihue.
- Neiburg, Federico (1998); *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.
- Mocca, Edgardo (2012); *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional.
- Pulleiro y otros (2010); “Los sentidos de la recomposición”, en *Anuario de Investigaciones*, Fisyp-Fundación Rosa Luxemburgo, Buenos Aires.
- Rubinich, Lucas (2001); *La conformación de un clima cultural. Neoliberalismo y universidad*, Buenos Aires, Centro Cultural Rojas, 2001.
- Sarlo, Beatriz (1985); “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” en *Punto de Vista* n ° 25, Buenos Aires, año VII.
- Sigal, S. (1991); *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Punto Sur.
- Várnagy, Tomás (2000); “El pensamiento político de John Locke y el surgimiento del liberalismo”, en BORÓN, A. (Comp.); *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*, Buenos Aires, CLACASO, EUDEBA.).
- Viñas, David (2004); *Literatura argentina y política*, vol. I y II, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor (1ra Ed. 1964).
- Williams, Raymond (1981); *Culture*, Barcelona, Paidós.
- Wortman, A. (2002); “Vaivenes del campo político cultural en la Argentina”, en Mato, Daniel (Comp.); *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, Clacso-Ceap-Faces..